

RECUERDOS DE UNA AMISTAD

Mons. Fray José López Ortiz

Arzobispo titular de Grado.

Vicario General Castrense Emérito

Conocí a Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer en la Universidad de Zaragoza, en junio de 1924. Yo era presbítero desde hacía poco tiempo, y mis superiores agustinos me habían indicado que estudiara la carrera de Derecho. Durante el curso había trabajado con mis libros y apuntes, y en junio fue a rendir examen a Zaragoza: allí conocí y traté, durante los ocho o diez días que duró mi estancia, al futuro fundador del Opus Dei.

Se inició nuestra amistad de un modo muy corriente: cuestiones relacionadas con asignaturas de la carrera, características de los profesores, etcétera: lo normal en vísperas de exámenes. Don Josemaría estaba muy preparado y conocía el ambiente universitario, desconocido para mí; generosamente, como lo más natural, me daba valiosas orientaciones, mientras paseábamos por los claustros de la Universidad.

Nos hicimos francamente amigos, sabiendo que esa amistad iba a perdurar. A pesar de los años transcurridos, recuerdo al fundador del Opus Dei, ya entonces, con todas sus cualidades espirituales y humanas que tanto me han llamado la atención siempre, y que le hacía ganar la simpatía y el respeto de todos. Era muy piadoso, lleno de vivacidad, muy comunicativo; sencillo, con un gran corazón y con una extraordinaria inteligencia. En la Facultad observé que todos le conocían, y que —entre otras

muchas cualidades— su carácter alegre hacía que fuera muy apreciado por todos.

Pero había otro punto característico de toda su vida, quizá para mí el más importante: desde el momento que comencé a tratar a don Josemaría me di cuenta de que era responsable, piadoso, rezador, con un ardiente deseo de ser buen sacerdote; deseo que alimentaba con una vida espiritual intensa y con gran dedicación a su formación sacerdotal.

Pasó el tiempo, y en 1934 gané las oposiciones a la Cátedra de Historia del Derecho en la Universidad de Santiago de Compostela. Después —debía de ser la primavera de 1936— encontré a don Josemaría en la calle de San Bernardo, en Madrid, cuando yo salía de la Universidad Central.

Nuestra conversación, llena de alegría por el reencuentro, duró media hora o algo más. Aunque en esa ocasión no me habló explícitamente del Opus Dei, me pidió con insistencia que rezase mucho porque el Señor le pedía algo muy superior a sus fuerzas. Aludió genéricamente a un gran empeño espiritual que el Señor le solicitaba. Se sentía un pobre instrumento en las manos de Dios, pero dispuesto a hacer lo que Él quisiera, con una lucha amorosa para no poner resistencia, pues consideraba que el querer de Dios superaba con mucho sus posibilidades. Esta actitud humilde, diametralmente opuesta a cualquier tipo de triunfalismo, fue una constante de toda la vida de Monseñor Escrivá de Balaguer, hasta su marcha al Cielo, y daba peso y fundamento a una permanente alegría y a un optimismo desbordante, que sólo la rendida aceptación de la Cruz hacen posible.

No nos volvimos a ver hasta el curso 1939-40. Yo estaba de nuevo en Madrid, al frente de la Cátedra de Historia del Derecho. Mi auxiliar de Cátedra, don Juan Manzano, me había comentado que don Josemaría estaba preparando la tesis doctoral de Derecho. Fui enseguida a verle, a Jenner, 6, donde vivía. La tesis estaba prácticamente acabada. Ni las vicisitudes de la guerra civil ni el intenso trabajo apostólico de esos tres años habían sido óbice para que dedicase tiempo a su trabajo de investigación.

También en el curso 1939-40 conocí a algunos universitarios que vivían en la residencia de Jenner; al ver que eran académicamente muy valiosos, que vivían una vida profundamente cristiana

y que tenían un notable cariño a don Josemaría, pensé que allí había un espíritu mucho más hondo que el habitual para una residencia de estudiantes. Y un buen día —quizá en otoño de 1941—, volviendo con el fundador del Opus Dei del estudio del pintor Fernando Delapuebla, me fue explicando la Obra, con todo detalle. Me hizo ver que era de Dios, totalmente sobrenatural: el Opus Dei venía a recordar la llamada universal a la santidad; el empeño de adquirir una vida contemplativa en medio del mundo, en medio de la calle, para poner a Cristo en la cima de todas las actividades humanas; santificar el trabajo profesional y las ocupaciones corrientes de cada día... Desde el principio entendí lo que me contaba don Josemaría: *todo es obra de Dios, no es obra mía*. No podía ser algo basado en el celo sacerdotal y las muchas dotes naturales del fundador, aunque fueran tantas y de categoría excepcional: era, ciertamente, una *obra de Dios*.

Don Josemaría me relataba todo lo referente a la Obra con una seguridad tal que, repito, me asombraba. Me explicó muchas cosas con una gran viveza, como si las estuviera viendo ya; cosas que después se han ido convirtiendo en fecundas realidades apostólicas, de servicio a la Iglesia y a todas las almas. Por ejemplo, me habló entonces de que, con el tiempo, habría en el Opus Dei hombres y mujeres casados que se santificarían en el matrimonio, en el hogar, en el trabajo.

El padre —como le llamaban millones de personas en todo el mundo— me habló también de la sección de mujeres de la Obra: centros de formación profesional femenina para elevar el nivel cultural y social de las jóvenes y fomentar su vida cristiana en todos los ambientes; granjas para enseñar a campesinas —esto me sorprendió especialmente—; labor apostólica con empleadas y obreras de fábricas y talleres; y —sobre todo, lo más importante— del apostolado personal de las asociadas con sus compañeras de trabajo —obreras, profesoras de Universidad, empleadas, investigadoras, etcétera—, sus amigas, sus vecinas, etcétera.

Don Josemaría me hablaba de socios de la Obra en el mundo entero, en todos los ambientes sociales, profesiones y oficios, solteros y casados, jóvenes y viejos, seglares, sacerdotes, de todas las razas... Y sólo había un puñado de chicos en Madrid, Valencia, Valladolid, Zaragoza y Barcelona, y poco más. El padre, movido

por el querer divino de extender el Opus Dei por todo el mundo, les aconsejaba estudiar idiomas: ruso, japonés, inglés, francés, alemán, etcétera. El carácter universal de la Obra —hoy, realidad gozosa— lo vi ya entonces.

Dios quiso la Obra como una Asociación eminentemente laical y secular, y así fue desde el principio. Aquellos chicos que, al salir o entrar en la residencia Jenner, saludaban al Santísimo en el oratorio, con piedad y naturalidad, que dedicaban mucho tiempo a la oración y se mortificaban durísimamente, que eran abnegados, alegres, obedientes, entregados, con profunda vida interior, apostólica... eran exactamente iguales que sus compañeros. Yo vivía, como profesor, en el ambiente universitario, y en esa gran experiencia baso mi testimonio; otras muchas personas afirman lo mismo respecto a su propio ambiente profesional y social.

Yo me sentía asombrado por la carencia de medios económicos con que el Opus Dei iba creciendo. No contaba con centros para su labor. Poco a poco, con muy buen gusto y gran falta de medios, iba acomodando pequeños locales —recuerdo, por ejemplo, el que llamaban *El Rincón*, en Valladolid—; y si aún no se podía contar ni con esos pobres instrumentos, hacían su apostolado personal reuniéndose con sus amigos en la calle, en un café, etcétera, como comprobé en Zaragoza, donde muchas veces tenían sus medios de formación junto al río. Les daba igual; no perdían la alegría ni dejaban de hacer apostolado por falta de medios.

Todo eso me llamaba más la atención, porque por aquellos tiempos no era difícil conseguir subvenciones y ayudas de organismos estatales para fines apostólicos; o, al menos, muchas organizaciones apostólicas lo conseguían, sin que el hecho tuviera la consideración de privilegio ante la opinión pública, tales eran los tiempos y el talante eclesial. Sin embargo, don Josemaría nunca actuó así. A los de la Obra, por el contrario, sí les decía que se sostuvieran con su trabajo, que exigieran sus derechos —becas, ayudas para el estudio, justa remuneración por su trabajo profesional, etcétera—, y que ayudaran, lo mismo que sus amigos, a sostener las labores apostólicas.

Precisamente en estos años, mientras el padre, con su gran sacrificio personal y con tanta falta de medios económicos, impulsaba la Obra por las provincias españolas, se desencadenó una campaña injusta y terrible de falsedades y calumnias contra su persona y con-

tra el Opus Dei. Eran ataques constantes, inhumanos, procedentes de varios sectores muy concretos. Entonces, la caridad, la fortaleza, la alegría y la prudencia sobrenatural de don Josemaría se me hicieron patentes.

Hacia 1941 se hicieron especialmente crueles los ataques de fondo. Procedían de ambientes determinados —no quiero yo juzgar intenciones— que veían con malos ojos un apostolado con una espiritualidad completamente nueva. También partían las insidias de un grupo de profesores universitarios, que tergiversaban el apostolado entre intelectuales que realizaban algunos socios de la Obra, a la que atribuían, falsamente, el propósito de «conquistar» la Universidad española, y de hacerlo, además, ayudándose unos socios a otros con medios ilícitos. Se añadió, ya en el año 1942, un grupo político, entonces dominante, que, considerando erróneamente al Opus Dei como otro grupo político, temía su supuesta competencia.

Como queda reseñado, la llamada universal a la santidad que el padre predicaba —con palabras y con obras— no fue entendida por algunos. Faltaban muchos años para que el Vaticano II la proclamase solemnemente como exigencia divina, y esto dio lugar a acusaciones de herejía contra el Opus Dei y contra el padre, que sufría mucho porque tenía un espíritu abierto, un corazón magnánimo, y la Obra no venía contra nada ni a hacer sombra a nadie: por el contrario, cualquiera que trabajase en servicio del Señor era muy querido, todos los brazos serían siempre pocos.

Estas dificultades fueron las que más me unieron a don Josemaría: su reacción ante los ataques —algunos, tremendos— era heroicamente sobrenatural y llena de caridad. Al desahogar conmigo su corazón, me confiaba que, si el Señor lo permitía así, sería para bien, y que perdonaba de todo corazón a todos. Y a la vez, tenía una serena y justa indignación al ver injustamente maltratados a sus hijos y al comprobar el daño que se derivaba para la unidad de la Iglesia y para las almas. Que su persona fuera objeto de falsedades y calumnias, por el contrario, no le importaba.

Monseñor Escrivá de Balaguer jamás habló mal de nadie, perdonó siempre y prohibió terminantemente a sus hijos —aunque no era necesario, ya que vivían el espíritu que les había enseñado— que comentaran aquellos ataques, exigiéndoles que no criticaran a nadie y que nunca apagarán ninguna luz que se encendiera en

nombre de Cristo. Preveía, ya entonces, que cuando los enemigos de la Iglesia combatieran a la Obra, utilizarían —en triste paradoja— especies lanzadas por aquellos católicos a los que perdonaba y disculpaba, diciendo que, posiblemente, lo hacían *putantes se obsequium praestare Deo*, considerando que así agradaban a Dios.

Tampoco faltaron los que, sin mala intención, presionaron fuertemente al padre para que los socios de la Obra militasen en movimientos católicos de los que surgían iniciativas políticas cristianas.

Desde el primer momento, el fundador del Opus Dei insistió en la plena libertad personal que, en las cuestiones temporales, tienen los socios de la Obra. Lo decía terminantemente: *Jamás he preguntado a alguno de los que a mí se han acercado lo que piensan en política: ¡no me interesa! Os manifiesto, con esta norma de mi conducta, una realidad que está muy metida en la entraña del Opus Dei, al que con la gracia y la misericordia divinas me he dedicado completamente, para servir a la Iglesia Santa. No me interesa ese tema, porque los cristianos gozáis de la más plena libertad, con la consecuente personal responsabilidad, para intervenir como mejor os plazca en cuestiones de índole política, social, cultural, etcétera, sin más límites que los que marca el magisterio de la Iglesia (Amigos de Dios, núm. 11).*

Tratar de modo particular de las virtudes sobrenaturales y de las virtudes humanas del fundador del Opus Dei es muy difícil, porque toda su vida fue una vida de santidad muy intensa, que fue *in crescendo*, hasta el último instante de su vida en la tierra. Es difícil distinguir qué era fruto de sus excepcionales cualidades humanas y qué lo era de su lucha ascética y de su vida interior, porque todo estaba estrechamente unido. Se pueden distinguir teóricamente sus dotes humanas y sus dotes sobrenaturales, pero, de hecho, estaban totalmente fundidas en su gran amor a Dios. La unidad de su vida radicaba en su entrega plena al Señor, en cumplir amorosamente lo que Él le exigía —el Opus Dei—, en servicio de la Iglesia y de todas las almas.

Don Josemaría era un sacerdote santo que amaba su sacerdocio profundamente; en una ocasión —me lo contaba con toda sencillez al cabo de los años— visitó el Palacio Arzobispal de Zaragoza y, cuando estuvo a solas en la capilla donde, hacía años, había recibido la tonsura, besó el suelo con verdadera unción y gozo sacerdotales,

mientras saboreaba aquellas palabras de la ceremonia: *Dominus pars hereditatis meae et calicis mei...* Su amor al sacerdocio y a los sacerdotes resultan evidentes, al recordar el gran número de ejercicios espirituales y retiros para sacerdotes y religiosos que predicó durante los años en que yo le trataba más de cerca; recorrió toda España —sin cobrar nunca nada— a petición de obispos de unas y otras diócesis. La abnegada atención espiritual que el Opus Dei ha prestado y presta a los sacerdotes de tantos países es una continuación del trabajo ejemplar e infatigable del padre.

Quiero agradecer aquí —de modo especial— el esfuerzo de don Josemaría y de sus hijos sacerdotes para ayudar espiritualmente al clero secular de todas las diócesis de España. Sé que éste es también el sentimiento de los prelados que han visto surgir, entre sacerdotes suyos, vocaciones al Opus Dei. Como obispo de Tuy-Vigo primero, y como Vicario General Castrense después, he comprobado cómo los sacerdotes diocesanos que se vinculan a la Obra están aún más estrechamente unidos a sus obispos y les obedecen con fidelidad ejemplar, y con heroísmo si es preciso.

El amor de Monseñor Escrivá de Balaguer a Dios y su fe filial y confiada se transparentaban en toda su vida: no tenía otra finalidad que cumplir amorosamente la voluntad de Dios y ayudar a los demás a acercarse a Él.

Su fe, su visión sobrenatural, su unión con Dios, se manifestaban en todos sus pensamientos, sus afanes, su vida toda. En cuanto la conversación con el padre se hacía íntima, aparecía patente la efusión de una vida interior llena de Dios, una vida que no tenía más intereses que los de la gloria de Dios.

Tenía una especialmente intensa y filial devoción a la Santísima Virgen, llena de ternura y fortaleza, que se traslucía hasta en los detalles más pequeños. Amaba entrañablemente a San José, y rezaba mucho, con amistosa confianza, a los Angeles Custodios, encomendándoles asuntos concretos, con la seguridad de que siempre le escuchaban.

Mantén siempre la serenidad en el juicio. En una ocasión me llegó un documento oficial en el que se le calumniaba de una manera atroz. Me pareció un deber llevarle el original, que me había dejado un amigo mío: los ataques eran tan fuertes que, mientras don Josemaría fue leyendo esas páginas delante de mí, con calma, no pude

evitar que se me saltasen las lágrimas. Cuando don Josemaría terminó la lectura, al ver mi pena, se echó a reír, y me dijo con heroica humildad: *No te preocupes, Pepe, porque todo lo que dicen aquí, gracias a Dios, es falso: pero si me conociesen mejor, habrían podido afirmar con verdad cosas mucho peores, porque yo no soy más que un pobre pecador, que ama con locura a Jesucristo.* Y, en lugar de romper esa sarta de insultos, me devolvió los papeles para que mi amigo los pudiese dejar en el Ministerio de donde los había tomado: *Ten —me dijo—, y dáselo a ese amigo tuyo, para que pueda dejarlo en su sitio, y así no le persigan a él.*

El espíritu de mortificación y el amor a la pobreza del padre fueron muy grandes. Nunca tuvo nada como propio, estaba desprendido de todo. Hasta en lo más pequeño cuidaba no apegarse a las cosas; era un cuidado amoroso el suyo. Recuerdo que en una ocasión —en Roma— acababa de recibir un burrito dorado, de una hechura preciosa, que le hizo mucha gracia porque le gustaba la figura del borrico trabajador y fiel. Al verlo, le encantó. Entonces, reflexionó un momento y me dijo: *Llévatelo, es para ti.* Me di cuenta, en aquel mismo momento, que era un gesto de desprendimiento.

Podría seguir enumerando, una tras otra, las virtudes que adornaban el alma de mi inolvidable amigo, un fundador que no hubiera querido fundar nada. Pero no es este el lugar oportuno para recoger por extenso tantas virtudes, vividas heroicamente en un *crescendo* a lo largo de su vida. Me he limitado a espigar unas cuantas en el hondón de mi alma, recuerdos de una amistad que nunca agradeceré suficientemente a Dios Nuestro Señor.

Artículo publicado en
PALABRA
Madrid, III-79

© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.